
Magda Van
El sinuoso camino a la felicidad
18+

Magda Van

El sinuoso camino a la felicidad

«Автор»
2026

Van M.

El sinuoso camino a la felicidad / M. Van — «Автор», 2026

La familia es el valor supremo. Inspirada en hechos reales, esta magistral saga despliega la dramática historia de los Armanonts, un linaje antiguo y de espíritu inquebrantable. Con el turbulento siglo XX como telón de fondo, la crónica generacional se entreteje en una trama fascinante.El lector recorrerá desde las hostiles minas de Klondike y el fuego del Genocidio de 1915 en Aylur, hasta los huertos bañados por el sol de California. Cada página es una prueba de fuego. Atravesando apogeos históricos, amargas decepciones y devastadoras pérdidas morales, los personajes habrán de extraer, sobre las ruinas del pasado, las lecciones más cruciales de sus vidas. Pero una fe inquebrantable en Dios y la entereza de su espíritu les permitirán sobreponerse a cualquier adversidad.Al pasar las páginas, usted palpará el dolor, pero, ante todo, descubrirá la gracia infinita del AMOR Verdadero, Devoto y Puro. Una obra profunda que le obligará a replantearse el sentido de la existencia.

© Van M., 2026
© Автор, 2026

Содержание

Capítulo 1. Sobre las cumbres de las colinas familiars 6
Capítulo 1. Sobre las cumbres de las colinas familiars 7
Capítulo 2. El oro gélido de Klondike 9
Capítulo 3. Fragmentos de una felicidad de cristal 12
Capítulo 4. El triunfo de la vida y la magia de la memoria 15
Capítulo 5. Allí donde la vid echa raíces 20
Конец ознакомительного фрагмента. 26

Magda Van
El sinuoso camino a la felicidad

Capítulo 1. Sobre las cumbres de las colinas familiars

…Desde las celdas más distantes, de los rincones más ocultos,
extraje la palabra, como del fondo de un pozo profundo.
Escribí para aquellos que apenas se adentran en la vida,
así como para quienes ya han vivido y madurado;
para los que están concluyendo su sendero terrenal
y traspasan ya el umbral fatídico.
Escribí para justos y para pecadores,
para los consoladores y los desconsolados,
para los jueces y para los condenados,
para los arrepentidos y los cautivos del pecado,
para los virtuosos y para los hacedores del mal,
para los puros de espíritu y para los adúlteros;
para todos: para los de noble linaje y los insignificantes,
para los esclavos oprimidos y los nobles príncipes.
Escribí por igual para hombres y para mujeres,
para aquellos que han sido humillados y los que han sido ensalzados,
para los soberanos y para los oprimidos,
para los ofensores y para los ofendidos,
para quienes brindaron consuelo y quienes lo recibieron.
Escribí por igual para pequeños y para grandes,
para los habitantes de las urbes y los montañeses semisalvajes,
e incluso para aquel que es el soberano supremo,
de quien solo Dios es el único Juez;
para los hombres vanos y para los hombres de bien,
para los monjes y los santos ermitaños.
Y que estas líneas, colmadas de mi sufrimiento,
sirvan a alguien como enseñanza y advertencia.
Que aquel que se arrepiente con amargura de sus faltas
encuentre consuelo en mis escritos.
Que cualquier alma convierta mi obra, mi ferviente empeño,
en un bien para sí misma…

Grigor Narekatsí, Siglo X“El libro de las lamentaciones”

Capítulo 1. Sobre las cumbres de las colinas familiars

Un inmenso flujo de automóviles avanzaba a gran velocidad por la autopista en dirección a Santa Bárbara. Los vehículos, moviéndose en una hilera interminable, se quedaban atrapados en embotellamientos sofocantes. Escapando del fragor estival, las personas se apresuraban hacia la costa; a todos los atraía el frescor de las olas oceánicas. Muchos se dirigían al valle de Santa Inés, hacia el lago Cachuma, para pasar el fin de semana en el regazo de la naturaleza. En los últimos tiempos había imperado un calor insoportable: el sol abrasaba con toda su fuerza, el aire parecía incandescente y respirar resultaba atrozmente difícil. El cielo azul y despejado se reflejaba en el agua inconmensurable, mientras las olas espumosas rompían con estrépito contra la orilla suave, arrullando y desvaneciendo todas las preocupaciones mundanas.

Por encima de la carretera, como si fuera una enorme ave de alas plateadas, cruzó un avión con un rugido amortiguado. Mantenía su rumbo hacia las cadenas montañosas. En el lujoso jet privado se encontraba la familia Thomas: el propietario de minas de oro, Richard, su esposa Margarita, y los gemelos, Daniela y David.

La hija y el hijo del matrimonio Thomas se habían graduado con honores de la escuela y habían ingresado en la Universidad de Harvard. Para la familia, este acontecimiento fue una alegría extraordinaria. A Daniela y a David se les abría un nuevo sendero en la vida, y esperaban con impaciencia el día de la partida. Con este motivo, en su villa de las montañas, en las inmediaciones de Santa Bárbara, se planeaba un baile de gala.

Richard había cumplido recientemente cincuenta y cinco años. A pesar de las canas, lucía mucho más joven. Como auténtico aristócrata y hombre acaudalado, poseía un aspecto impecable. Sus ojos azules, como el cielo despejado, brillaban con bondad y calidez. Richard estaba sentado en un mullido sillón al lado de su esposa, a quien amaba con locura a lo largo de todos los años de matrimonio. Sostenía entre sus manos la blanca mano de ella. El destino les había otorgado un amor puro y profundo. Margarita rondaba los cincuenta años, pero en su rostro no había ni una sola arruga, y Richard solía repetirle: “Los años no te tocan, mi amor”.

Margarita, en respuesta, reía con fuerza. Su cabello castaño, con nobles destellos plateados, caía en ondas sobre sus hombros. Sus ojos esmeralda con matices marinos y sus pestañas oscuras y espesas eran fascinantes. El delicado óvalo de su rostro, una nariz recta y unos labios jugosos de color cereza completaban una imagen perfecta. Cuando sonreía, una hilera alineada de dientes blancos destellaba con el nácar de las perlas. Ella era el sentido de la vida de Richard, llenando sus días de felicidad tras todas las pruebas superadas en el pasado.

El avión ascendía cada vez más alto. Margarita apoyó la cabeza con serenidad en el hombro de su esposo, mientras los gemelos discutían vivamente sobre algo. Finalmente, la azafata anunció la preparación para el aterrizaje. A lo lejos, entre las verdes colinas, apareció su propiedad ancestral, rodeada por una alta muralla de granito y árboles centenarios.

El aeroplano tocó suavemente la pista de aterrizaje y se silenció. Los pasajeros agradecieron a la tripulación y descendieron por la escalerilla al encuentro de una brisa suave. Con el ánimo elevado, subieron a las limusinas que los esperaban, las cuales salieron del recinto del aeropuerto privado. Tras media milla, los autos se detuvieron ante unas macizas puertas de forja. El guardia permitió el ingreso del cortejo con un saludo cordial.

A derecha e izquierda se extendían céspedes impecables, salpicados de parterres. En los márgenes, florecían con exuberancia frondosos arbustos de buganvilla blanca y jacarandá violeta. Al frente se ubicaba un estacionamiento techado y una mansión de invitados de estilo español con una fachada de cristal esmeralda, que recordaba a un castillo de cristal. Un poco más al fondo, se erigía el palacio principal de tres pisos, de mármol blanco y estilo barroco. Lo adornaban columnas,

molduras doradas caladas en las ventanas y una amplia escalinata señorial con balaustradas, a cuyos lados reposaban jarrones antiguos con lirios blancos y rosados.

Ante la escalinata murmuraba una fuente: en su centro, una copa de oro se llenaba de agua sobre los hombros de unos ángeles fundidos en un abrazo, y las gotas centelleaban al sol como una constelación de diamantes. En el espacioso vestíbulo, desde una altura vertiginosa, colgaba una araña de cristal. Hacia arriba conducían escaleras de mármol con alfombras esmeralda. Desde el vestíbulo se abría el paso a un salón de banquetes semiovalado, con una pared acristalada y vistas al estanque.

Allí ya se realizaban los últimos preparativos para el baile. Los salones estaban decorados en tonos rosa y dorado, con paredes de espejos, mesas redondas y una exquisita vajilla de porcelana inglesa de la marca De Lamerie. En una esquina se alzaba un piano de cola blanco Steinway, y en el centro, una pista de baile circular, rodeada por un mosaico de placas de mármol.

En caso de ser necesario, las paredes de espejo del salón de banquetes se deslizaban, abriendo el paso a una gran sala de billar con seis mesas. En una esquina se ubicaba una barra de bar con una variedad de bebidas, y al lado se encontraba la zona de distribución: los platos preparados ascendían silenciosamente en un elevador desde la espaciosa cocina del sótano. A la izquierda del salón se podía acceder a una sala de descanso con mesas revestidas de terciopelo verde para jugar al préferans. En la estancia contigua se acondicionó una acogedora sala de fumadores con una rica selección de pipas, cachimbas y variedades selectas de tabaco, donde en elegantes mesas ya esperaban a los invitados copas de cristal.

Detrás de la fachada posterior del palacio se extendía un pintoresco estanque natural, alimentado por un fresco arroyo de montaña. Por su superficie acuática nadaban majestuosamente cisnes blancos y negros. Las orillas estaban conectadas por un ligero puente blanco, adornado con un arco de frondosas guirnaldas de flores de eseño.

Más allá, en la intimidad bajo la sombra de copas frondosas, se ocultaba la mansión privada del matrimonio Thomas. Hacia ella conducía un sendero que se transformaba en una escalera de caracol, en cuyas barandillas se posaban las figuras primorosamente talladas de dos palomas de mármol que volaban al encuentro la una de la otra. Tras la escalera se abría un amplio prado, plantado con variedades exóticas de rosas aterciopeladas de matices prodigiosos. Ante el propio castillo de dos pisos, jugaba con todo su esplendor una fuente danzante y luminosa. A través de sus destellos multicolores se traslucían dos estatuas de mármol: un hombre que abrazaba tiernamente a una mujer. El color de sus ropajes de piedra cambiaba mágicamente al compás de la música gracias a la iluminación subacuática. Las esculturas personificaban el profundo amor de los dueños de la casa. Esta obra de filigrana, digna del cincel de Miguel Ángel, había sido realizada por un renombrado escultor, invitado directamente desde Roma.

En este rincón recóndito, toda la atmósfera estaba impregnada de ternura. En el interior de la casa reinaba un lujo impecable, que transformaba la realidad en un cuento de hadas. Resultaba evidente que los esposos, capaces de engendrar semejante belleza, poseían no solo una inmensa riqueza, sino también un talento excepcional y un alma pura.

Capítulo 2. El oro gélido de Klondike

En la Inglaterra de finales del siglo diecinueve, en uno de los suburbios más lúgubres de Londres, vivía la familia de David Tovmasian, inmigrantes armenios que se habían visto forzados a abandonar Egipto. La vida en el extranjero era inclemente: David tenía que aferrarse a cualquier trabajo pesado solo para ganarse un trozo de pan. Día tras día se prolongaba una lucha interminable por la supervivencia, y pronto el destino asestó un nuevo golpe. La esposa de David esperaba un hijo, pero sus fuerzas estaban al límite. Tras dar a luz a un varón, la exhausta mujer falleció.

El dolor y el temor por el hijo recién nacido casi doblegan al padre. Tenía que trabajar y, al mismo tiempo, sacar adelante al lactante en completa soledad. Por misericordia, los vecinos ayudaban: cuidaban del pequeño, a quien llamaron Tadevos, pero a la usanza inglesa, Teddy. Para sorpresa de todos, a pesar de las privaciones, el niño crecía fuerte y sano.

Toda su infancia transcurrió en las severas calles londinenses. Cuando Tadevos cumplió doce años, perdió también a su padre. Quedando huérfano de padre y madre, el adolescente luchó desesperadamente por su existencia. Desafiando al destino, aspiraba a toda costa a ponerse en pie y cumplir su anhelo ferviente: salir de la miseria y enriquecerse. Al reunir en torno a sí a muchachos sin hogar en su misma situación, Teddy demostró su carácter de líder: convenció a sus amigos de no rebajarse al robo, sino de dedicarse a un negocio serio.

Pronto, noticias asombrosas del otro lado del océano dieron la vuelta al mundo: en Alaska, en la región de Klondike, había estallado la fiebre del oro. Tadevos comprendió que aquella era su oportunidad. Logró encender a sus compañeros con su propio sueño. El equipo joven, robusto y decidido comenzó a prepararse para la travesía. En aquellos años, los barcos zarpaban hacia el norte abarrotados hasta el límite; los camarotes y las bodegas reventaban de pasajeros, y las tiendas de campaña de los buscadores de fortuna se alzaban directamente sobre las cubiertas. Conseguir un pasaje parecía imposible, ya que el precio del boleto alcanzaba las quinientas libras. Por esa oportunidad quimérica, los artesanos vendían sus talleres, los granjeros entregaban sus tierras por una miseria y los obreros abandonaban las fábricas. Ingleses, irlandeses, alemanes, franceses y rusos compraban víveres, pertrechos y tomaban lecciones de buscadores experimentados, repitiendo con delirio una sola palabra: oro.

Hacia Tadevos el destino se mostró benevolente. Dueño de una audacia natural, se las arregló para pactar con el contramaestre: él y tres de sus compañeros fueron admitidos en el barco como fogoneros. Esto los eximió del inalcanzable pago del pasaje y les aseguró comida gratuita. En ese entonces les pareció que las peores penurias habían quedado atrás, pero aún no sabían qué prueba les aguardaba en el porvenir.

El camino resultó largo y despiadado. A través del tormentoso Atlántico Norte y, posteriormente, por la ruta de Edmonton —el viejo sendero de los comerciantes de pieles—, cruzando tierras canadienses y los ríos Peace y Mackenzie hacia el norte, rumbo al Yukón. De los cientos de miles de personas hechizadas por el oro, solo unos pocos elegidos resistían ese tránsito infernal. Para ese entonces, Tadevos había cumplido veinte años. Fuerte, terco, templado por su infancia callejera, avanzaba a pesar del hambre, del frío glacial y de sus pies destrozados y sangrantes. Pero el norte no perdonaba la debilidad. Dos de sus compañeros se rindieron y dieron la vuelta a mitad del camino. El tercero enfermó de gravedad y murió en la ruta. En los campamentos fronterizos proliferaban enfermedades letales, la gente moría como moscas y el aire en las paradas estaba envenenado por el pesado hedor de los cuerpos en descomposición.

A Tadevos casi no le quedaba dinero y, para prepararse para el asalto final a través de las cadenas montañosas, aceptaba cualquier trabajo infernal. Al contratarse en la Compañía Británica de Suministros para la tala de árboles, ganaba veinte dólares por metro cúbico de madera. El sudor le caía a chorros, y los precios en las tabernas locales por el hospedaje y la escasa comida eran abusivos. Pese

a todo, se las ingeniaba para ahorrar cada centavo. Por las noches, Teddy entraba en las bulliciosas tabernas donde se concentraban los experimentados buscadores de oro. En aquella época no existían mapas reales de los escarpados territorios de Canadá y Alaska, por lo que el joven extraía gota a gota de las conversaciones de los ebrios una información invaluable sobre senderos ocultos y yacimientos ricos. Paso a paso avanzaba hacia su meta. Y, finalmente, alcanzó el Yukón.

Se estableció en el asentamiento minero. Cierta noche, mientras regresaba a su miserable cabaña, Tadevos pasó junto a una taberna de la que emanaba una música estruendosa. De las puertas, tambaleándose fuertemente, salió un anciano buscador de oro ebrio, y tras él, dos jóvenes de aspecto sospechoso. Teddy alcanzó a escuchar un fragmento de su conversación:

—¿Viste? El viejo pagó en la barra con una pepita de oro de la bolsa que lleva al cinto. Vamos a seguirlo a donde esté más oscuro y lo acorralamos. Total, está borracho como una cuba, mañana no recordará nada.

Tadevos, que se había criado en calles peligrosas, comprendió al instante que el anciano corría un peligro de muerte. Avanzó con sigilo tras ellos. Tan pronto como la luz de las ventanas de la taberna quedó atrás, uno de los ladrones saltó sobre la víctima y le propinó un fuerte golpe en la cabeza. El buscador de oro se desplomó como fulminado. Pero Tadevos ya estaba allí. Con un golpe fulminante derribó al primer asaltante e inmediatamente se lanzó contra el segundo, en cuya mano brilló con ferocidad un cuchillo. Al interceptar el ataque, Teddy mandó al delincuente al suelo con un potente gancho. Los agresores se recobraron rápidamente, pero al ver el revólver apuntándoles y la mirada resuelta del desconocido, prefirieron no tentar a la suerte y huyeron a toda prisa. En aquellos tiempos salvajes, quedarse sin armas significaba firmar su propia sentencia de muerte.

El herido yacía inconsciente, con la cabeza cubierta de sangre. Tadevos se lo cargó a los hombros y lo llevó a su cabaña. En casa, acomodó al lesionado en su única cama, lavó con delicadeza sus heridas y él mismo se quedó dormido directamente sobre la mesa.

Solo al amanecer, cuando los primeros rayos del sol tocaron las paredes de leños, el anciano gimió pesadamente y entreabrió los ojos, turbios por el dolor. Bajo la tenue luz de la vela moribunda, contempló durante largo tiempo el rostro cansado del joven sentado enfrente y, finalmente, preguntó con voz ronca:

—¿Por qué me salvó, muchacho?

—Los ladrones son gente indigna —respondió Tadevos escuetamente.

El anciano lo miró con atención, comprendiendo la nobleza excepcional que había demostrado aquel joven, al no codiciar el oro ajeno en una cabaña cerrada, y cerró los ojos con cansancio. La lesión era demasiado grave. En los días subsiguientes, Tadevos lo cuidó con devoción: le daba de beber agua con una cuchara, lo alimentaba con caldo caliente. Gradualmente, el anciano cobró las fuerzas suficientes para poder hablar, pero no le fue dado ponerse en pie; las energías lo abandonaban irremediablemente.

Entre ellos surgió una profunda confianza mutua. El buscador de oro le relató detalladamente su vida solitaria y escuchó con atención la historia de Teddy. Una noche, llamó al joven más cerca del lecho, sacó su preciada bolsa y la depositó en la mano de Tadevos:

—Nunca tuve hijos. Pero ahora, lo acepto a usted con todo mi corazón como a un hijo. Usted es valiente, honesto y misericordioso. Tome esto. Aquí hay pepitas auténticas. Pudo habérselas llevado mientras yo yacía sin sentido, pero su integridad no le permitió convertirse en un ladrón. Yo ya no me levantaré; en el otro mundo el oro no me hará falta.

El anciano tomó aliento y habló más bajo, revelando el secreto principal:

—Encontré un lugar... Una verdadera veta de oro. Allí, bajo la tierra, yacen bloques, y en las orillas arenosas del arroyo, los depósitos de oro aguardan por su dueño. Pero para registrar oficialmente esa tierra a su nombre, se necesita una suma considerable de dinero. Venda estas pepitas, registre el terreno a su nombre, y lo que extraiga de allí lo convertirá en un rey. Permanezca siempre siendo un hombre tan honesto, y la felicidad nunca lo abandonará.

Extenuado por el largo discurso, el anciano cerró los ojos. Tadevos quedó conmocionado por lo que había escuchado, pero no quiso perturbar al enfermo. Por la mañana, el anciano no despertó. Tadevos lo sepultó con profundo respeto y dignidad, como a un padre propio. Y después del funeral, se dirigió a las coordenadas indicadas, y se quedó petrificado en el sitio, abrumado por lo que veía...

Ante los ojos de Tadevos se abrió, en efecto, un espectáculo increíble. En los cerrados meandros del arroyo, directamente entre la arena ribereña, centelleaban depósitos incontables de oro. Junto a pepitas de diverso tamaño, reposaban en el vado minerales y gemas extrañas y sorprendentes, cuya pureza podía competir con las mejores piedras preciosas del mundo. Teddy, comprendiendo a la perfección cuánta envidia, peligro y desgracia puede acarrear a un hombre una riqueza tan fortuita, actuó con extrema cautela. No presumió su hallazgo.

De manera sensata y secreta, empleando el oro legado por el difunto anciano, Tadevos compró oficialmente aquella enorme propiedad aurífera. Hasta el final de sus días permaneció indeciblemente agradecido tanto con su benefactor anónimo como con el destino mismo por aquel don. La vida demostró una vez más una verdad simple: por cada acción noble, el hombre recibe tarde o temprano una respuesta de lo alto; si no es con prosperidad terrenal, con paz espiritual.

Al principio, sus únicas armas en la batalla por una vida acomodada fueron apenas una pica, una pala y una bandeja de lavado. Teddy trabajó sin descanso. Al alcanzar todo aquello con lo que alguna vez había soñado en las sucias calles de Londres, el maduro y enriquecido Tadevos se trasladó a una gran ciudad. Allí conoció a una joven maravillosa y, sin postergar la felicidad para después, se casó con ella. Al poco tiempo, su esposa le dio gemelos: un niño y una niña. Como si el destino mismo hubiera decidido tejer con su nacimiento un tapiz especial y bendito, que trajo al hogar de Tadevos una felicidad absoluta. Habiendo hallado la tan ansiada plenitud de la vida, Teddy, no obstante, no planeaba permanecer en el norte para siempre. Lo atraía una América joven y en floreciente desarrollo.

Siendo ya un hombre muy acaudalado y respected, Tadevos visitó en una ocasión el soleado sur, en California, y se enamoró de aquellas tierras. Adquirió allí extensos terrenos y colocó la primera piedra en los cimientos de la hacienda familiar. El oro, al parecer, venía por sí solo a las manos de este linaje fuerte. Desde entonces, transmitiéndose de generación en generación, la minería de oro se convirtió en el negocio principal de sus vidas. Cada nuevo descendiente no solo preservaba, sino que multiplicaba la fortuna familiar, invirtiendo en ella inteligencia, fe y un arduo trabajo.

Desde entonces transcurrieron décadas. Los vientos severos del Yukón quedaron en el pasado remoto, el apellido Tovmasian comenzó a sonar a la nueva usanza como Thomas, y el propio linaje antiguo terminó por americanizarse por completo, convirtiéndose en parte de la alta sociedad del Nuevo Mundo. Pero el recuerdo de aquello con lo que comenzó su sinuoso camino a la felicidad permaneció para siempre en el corazón de la familia.

Capítulo 3. Fragmentos de una felicidad de cristal

David-Daniel, representante de la siguiente generación de los Thomas, halló la felicidad familiar apenas al rondar los cuarenta años. Su elegida fue Angela, una belleza de ojos azules, hija única y heredera de un influyente banquero californiano. La vida de los esposos transcurría sin nubes, pero una circunstancia ensombrecía su unión: durante largos años no pudieron tener hijos. Los médicos les daban esperanzas, exhortándolos a cargarse de paciencia. En el ocaso de sus vidas, tras incontables intentos, Angela obró un milagro: dio a luz al tan ansiado varón, a quien llamaron Richard. La alegría de los padres no conocía límites. Sin embargo, la dicha resultó efímera: la frágil salud de la madre se desvanecía día tras día. Ni una opulencia fabulosa ni las más grandes eminencias de la medicina lograron retenerla en este mundo. Al quedar viudo, David-Daniel jamás permitió que otra mujer entrara en su corazón. Todo aquel amor contenido se lo entregó sin reservas a su hijo.

La pérdida de su esposa dejó en el alma del padre una herida incurable. Pocos años después, quebrantado por la añoranza e incapaz de soportar el peso de la soledad, partió prematuramente de este mundo, siguiendo a su amada hacia el más allá.

El joven Richard, quedando huérfano de padre y madre, sufrió profundamente la muerte de sus progenitores. Al encontrarse solo en un mundo vasto y vacío, al principio se desconcertó se desanimó. No obstante, la entereza familiar y el instinto de supervivencia, que habían salvado a su linaje durante siglos, ayudaron al joven a no desviarse del camino de la rectitud. Al tomar sobre sus hombros la gestión de las minas ancestrales e heredar la fortuna de ensueño de los Thomas, Richard demostró una inteligencia brillante e una laboriosidad excepcional. A los treinta años, no solo había mantenido el negocio, sino que había multiplicado la grandeza de la empresa familiar.

La exitosa actividad requería de conexiones sólidas, y con el tiempo Richard se rodeó de un círculo de influyentes socios comerciales. Entre ellos, un lugar especial lo ocupaba el talentoso financiero Fred Stevenson. Sus proyectos conjuntos siempre resultaban mutuamente beneficiosos e generaban ganancias millonarias. En la sociedad, Stevenson gozaba de la reputación de ser un hombre de honor impecable e de una rectitud de hierro, ganándose la confianza incondicional de la alta alcurnia. Sin embargo, su vida privada estaba devastada por la tragedia. En su juventud, Fred se había enamorado perdidamente de una famosa supermodelo que accedió a convertirse en su esposa. Pero poco después del nacimiento de su hija, la voluble belleza huyó a Inglaterra con un aventurero desconocido, abandonando a su criatura recién nacida e a su devoto esposo. Desde entonces, nadie volvió a saber de ella. Aquella cruel traición causó a Fred un profundo trauma psicológico, cuya cicatriz permaneció en su corazón para toda la vida. Jamás volvió a casarse.

Cierta vez, Fred invitó a Richard Thomas a una cena amistosa en su hogar. Fue precisamente esa noche cuando el joven magnate vio por primera vez a Victoria, la hija del financiero, de diecisiete años. A primera vista parecía casi una adolescente: frágil, esbelta, con una silueta juvenil e delicada. Su rostro, enmarcado por rizos dorados, asombraba por su palidez aristocrática, mientras que sus enormes ojos azules cautivaban la atención. No era una belleza clásica de canon, pero poseía un encanto raro e sutil.

Sentada frente a Richard, Victoria lo miraba con un leve temor y timidez, incapaz de apartar la vista. El joven sintió cómo en su interior vibraba una cuerda de ternura desconocida. Sintió el deseo inexplicable de abrazar a esta muchacha indefensa, de protegerla del mundo entero e de cobijarla con una palabra afectuosa. Pero, siendo un hombre de alta cultura espiritual e educación impecable, contuvo con delicadeza aquel impulso del alma.

Antes de marcharse, Richard se acercó a Victoria e entablaron una conversation. Para su asombro, detrás de la máscara de la timidez juvenil, descubrió una mente brillante e aguda, y un sentido del humor impecable. Victoria resultó ser una conversadora magnífica: dominaba con sutileza

el arte, la política e los acontecimientos mundiales. Al notar la admiración en los ojos del invitado, la joven se cubrió de un tierno rubor.

Tras esa noche, la imagen de la Victoria de cabellos de oro ya no abandonó a Richard. En las galas sociales e recepciones de etiqueta, buscaba cualquier oportunidad para estar en su entorno. Sus amigos cercanos, al notar los cambios en el habitualmente reservado millonario, le aconsejaban al unísono no perder el tiempo e declarársele a la joven. El padre de Victoria era un caballero de la vieja escuela, e ella misma se perfilaba como la pareja ideal.

Al poco tiempo, Richard invitó a Victoria a una cita en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. En una atmósfera romántica, bajo los suaves acordes de la música, se postró ante ella sobre una rodilla, abrió una cajita de terciopelo con un lujoso anillo de diamantes y, mirando fijamente a sus ojos resplandecientes, preguntó:

—Victoria, ¿aceptas ser mi esposa?

La joven resplandeció de una felicidad absoluta e celestial, e sin dudarlo se lanzó a sus brazos. Al obtener el ansiado consentimiento, esa misma noche Richard pidió la mano de Victoria a su padre. Fred se sintió sinceramente feliz, sabiendo que entregaba a su única hija a las manos más seguras del mundo. Al bendecir a los jóvenes, obsequió a Richard un generoso regalo: un importante paquete de acciones de la corporación financiera líder, de la cual era copropietario. El joven magnate no necesitaba dinero, pero no podía rechazar a su futuro suegro. Aceptó el obsequio con la condición de que ese capital permaneciera para siempre bajo la gestión personal e propiedad de Victoria.

Pronto se celebró una espléndida boda. En el hogar de los recién casados reinó una armonía impecable, un consentimiento mutuo e un profundo respeto. Un año después, su unión se vio consolidada por el nacimiento de su primogénita, su hija Christie. Y un año más tarde, el universo les regaló a su hijo Paul. Ambos bebés parecían ángeles: heredaron de su madre una piel blanquísima e suaves rizos dorados. Richard idolatraba a su esposa e se deshacía en amor por sus hijos. Pasaron los años, los pequeños crecieron e comenzaron la escuela, deleitando a sus padres con su obediencia e carácter manso. Richard, a pesar de sus enormes ocupaciones, dedicaba cada minuto libre a su familia e se sentía indeciblemente dichoso.

Todo marchaba a la perfección, hasta que en su puerto apacible se infiltró la zozobra. En los últimos tiempos, a Richard le preocupaba cada vez más la palidez e un malestar oculto e inexplicable en Victoria. Ella solo sonreía con dulzura e tranquilizaba a su esposo, asegurándole que era el cansancio habitual e que no había motivos para alarmarse. Sin embargo, Richard, impulsado por un mal presentimiento, insistió. Se puso en contacto con el médico de la familia e exigió que se le realizara de inmediato un examen médico completo.

Al día siguiente, tras enviar a Christie e a Paul a sus clases, Victoria se dirigió a la clínica. El médico la acompañó personalmente por todos los consultorios, realizando pruebas complejas. Al concluir los procedimientos, la mujer se apresuró hacia la escuela para recoger a los niños. Siempre prefería conducir ella misma su automóvil, negándose en redondo a los servicios de choferes privados.

Los niños parloteaban ruidosa e alegremente en el asiento trasero, compartiendo las novedades de la escuela. El vehículo avanzaba con suavidad por la carretera, cuando la quietud del habitáculo se vio rota por el timbrazo agudo del teléfono móvil. Victoria presionó el botón del manos libres. Por los altoces resonó la voz alterada del doctor:

—Victoria... Necesitamos realizarle otro examen, uno más detallado. Por favor, venga a la clínica mañana a primera hora.

—¿De qué se trata, doctor? —en su corazón se clavó instantáneamente el temor—. ¿Me han encontrado algo grave? ¿Debo preocuparme?

La voz de la mujer tembló, mientras su corazón golpeaba con frenesí un ritmo aterrador en su pecho. El médico no respondió nada, e en el receptor resonaron los tonos cortos e siniestros de la línea cortada.

En ese mismo segundo, a Victoria le dio un fuerte vuelco la cabeza. Un destello ardiente de dolor nubló sus ojos con una neblina, sus pensamientos se confundieron e sus manos soltaron el volante por un instante. El pesado automóvil, a toda velocidad, fue lanzado hacia la izquierda, directo al carril de dirección contraria. Un crujido ensordecedor de metal desgarrado, un impacto espantoso, el tintineo de fragmentos de cristal que saltaban por los aires e una sorda explosión instantánea que lo devoró todo. En esta catástrofe monstruosa nadie sobrevivió. Victoria, Christie e Paul perecieron en el acto.

Al enterarse de lo sucedido, Richard estuvo a punto de perder el juicio. En un solo instante pavoroso perdió tanto a su mujer amada como a sus ángeles, sus hijos. Tras esta tragedia, su mundo se sumergió en una oscuridad absoluta e muerta. Durante varios años no sintió más que una amargura calcinante e un dolor sordo. Ya no vivía: se había convertido en una sombra pálida, existiendo sin rumbo entre los fragmentos de su pasado. Atormentado por la muda desesperación, pasaba horas mirando a la nada e gritando sin voz hacia los cielos:

—¡Señor! ¡¿Por qué recibo semejante castigo?! ¡¿Cuál es mi pecado?!

Sus amigos fieles hacían guardias junto a su lecho por turnos, temiendo dejar a Richard solo ni por un minuto, para que en un arrebato de locura e dolor no atentara contra su vida. La tragedia que lo había aplastado parecía insoportable, e la herida, mortal.

Pero el río de la vida humana fluye inexorablemente entre sus riberas, obedeciendo a un designio superior, e ningún mortal es capaz de vaticinar qué giro tan abrupto le aguarda tras el próximo cabo…

Capítulo 4. El triunfo de la vida y la magia de la memoria

Finalmente, las limusinas que trasladaban a los miembros de la familia Thomas frenaron con suavidad ante la escalinata principal del palacio. En los peldaños de mármol ya los aguardaba el servicio, encabezado por el administrador. Inclinando las cabezas en señal de respeto, los sirvientes dieron la bienvenida a los señores e inmediatamente se ocuparon del equipaje. Richard, abrazando a su esposa, condujo a la familia al interior del fresco vestíbulo; luego se dirigió a su despacho privado y mandó llamar al administrador.

Robert entró apenas un par de minutos después. Deteniéndose con deferencia junto a la puerta, se dirigió al magnate:

—A sus órdenes, sir. ¿Cómo estuvo el vuelo? ¿Cómo se encuentra usted?

—Hola, viejo amigo —sonrió Richard con calidez, levantándose de su macizo escritorio—. Todo marcha de maravilla con nosotros. Por favor, tome asiento. Veo que ha realizado una labor colosal durante nuestra ausencia. Le estoy profundamente agradecido.

—A sus órdenes, sir —respondió el administrador, sentándose en el borde del sillón—. ¿Está todo listo para la recepción o habrá alguna instrucción adicional?

—No, mi querido Robert. Todo luce impecable. Además, usted bien lo sabe: confío plenamente en su gusto y en su lealtad. Solo quería estrechar su mano —Richard se acercó al administrador y le estrechó la mano con firmeza и amistad.

—Es un honor ser útil a la familia, sir —en los ojos del viejo sirviente brilló un orgullo sincero. Hizo una reverencia cortés y abandonó el despacho en silencio.

Robert había servido en la casa de los Thomas por más de treinta y cinco años. Era un ejemplo de honestidad, meticulosidad и absoluta fidelidad. Cumplía cada tarea como un deber sagrado. Para los Thomas, hacía mucho tiempo que había dejado de ser un simple empleado; lo trataban como a un miembro devoto de la familia. El hecho de que Robert hubiera permanecido soltero toda su vida solo le ayudaba a entregarse por completo a los cuidados de la hacienda, sin distraerse con asuntos personales.

El equipo de diseñadores de élite invitado por Richard obró un verdadero milagro: en tan solo una semana, los interiores del palacio y los senderos del jardín se transformaron en un escenario de ensueño. Los últimos toques se daban en medio de una ligera y festiva expectativa. Robert se dirigió personalmente a la cocina, donde los cocineros y los camareros se desplazaban con un ritmo silencioso y coordinado. Le bastó una mirada severa para comprobar que los engranajes de la recepción funcionaban como un reloj suizo. Tras hablar con el chef, Robert salió al exterior, verificó que el estacionamiento adicional para los cientos de automóviles de los invitados estuviera listo y, finalmente, exhaló un suspiro de alivio. Todo estaba preparado para el triunfo.

Al caer la tarde, llegaron a la hacienda los hijos mayores, Denis y Philip, frutos del primer matrimonio de Margarita. Dos jóvenes aristócratas de gran prestancia y físico impecable arribaron acompañados de sus esposas e hijos. A sus treinta y dos años, los hermanos gemelos habían alcanzado un éxito fenomenal en el mundo de los negocios tras fundar la célebre marca de alta joyería Denis-Philip. Las lujosas piezas de su firma gozaban de un éxito rotundo entre la realeza y la élite mundial.

A primera hora de la mañana del día del baile, los mejores estilistas y profesionales de la industria de la belleza acudieron a la villa para transformar a las mujeres de la familia en auténticas princesas de cuento.

Y finalmente sonó la hora tan esperada. La lista de invitados rondaba una cifra impresionante: seiscientas personas. Un flujo constante de automóviles lujosos y relucientes llegaba a cada minuto a las puertas de la villa. El personal se mantenía listo, recibiendo a los comensales que arribaban desde todos los rincones del mundo, incluidos aquellos que habían volado en vuelos privados al aeropuerto personal de los Thomas.

A la entrada del resplandeciente salón de banquetes espejado, Richard y Margarita recibían en persona a la élite que iba llegando. Esa noche, la dueña de la villa lucía verdaderamente incomparable. Un vestido de seda color aguamarina armonizaba a la perfección con el raro matiz de sus ojos, resaltando de forma favorecedora su silueta esbelta y juvenil. En el cuello de Margarita destellaba con un brillo regio un suntuoso collar de diamantes con una constelación de grandes esmeraldas. Su fina muñeca estaba adornada por un macizo brazalete antiguo, mientras que en su dedo centelleaba con misterio un anillo familiar del siglo XI, regalado por su padre en su más tierna juventud. Unos pendientes largos y pesados completaban este majestuoso juego de joyas. Cada elemento de su aspecto respiraba una opulencia fabulosa, pero en esa riqueza no había ni una pizca de extravagancia: solo el triunfo absoluto del gusto refinado. No obstante, el adorno principal de esa noche seguía siendo la propia Margarita. Daba la impresión de que, en medio de todo aquel brillo, ella misma era la pepita más rara, pura y preciosa en la historia del linaje de los Thomas.

Richard, esbelto, elegante y vestido de punta en blanco, no se quedaba atrás en nobleza frente a Margarita. A su lado, Daniela y David brillaban con un atractivo juvenil y floreciente.

Los primeros en llegar al baile fueron los inseparables amigos de la juventud de Richard: Harry, Michael y Ron, junto con sus familias. Tras ellos siguió una hilera de invitados, entre los cuales se encontraban numerosas personalidades de alto rango que ocupaban una posición elevada en la comunidad internacional. Los caballeros, con esmóquines impecables, y las damas, con suntuosos vestidos de gala, colmaban el salón. Cada mujer lucía como una flor única y exótica, mientras las miríadas de facetas de sus diamantes deslumbraban los ojos bajo las arañas de cristal.

Los invitados que iban llegando se inclinaban galantemente para besar la mano de Margarita y cambiaban firmes apretones de manos con los varones de la casa Thomas. Las damas de la alta sociedad y las representantes de la antigua aristocracia abrazaban a la dueña de la villa con sonrisas sinceras y cálidas. En Margarita se combinaban de manera prodigiosa el orgullo de un linaje ancestral y una sencillez asombrosa y cautivadora ante la cual se desvanecía cualquier máscara.

Finalmente, todos se encontraban reunidos. Una melodía de violín, dulce y cautivadora, flotó sobre el salón, colmando el aire de forma invisible con una atmósfera de elevados sueños, esperanza y un amor omnipotente. Richard y Margarita, paseando sin prisa entre los invitados, no dejaban a nadie sin atención. El encanto especial y luminoso que emanaba de esta pareja era tan envolvente y conquistador que disipaba cualquier pizca de envidia o mala voluntad hacia ellos.

Poco después, el maestro de ceremonias invitó a los presentes a tomar sus asientos. Al subir al escenario, pronunció unas emotivas palabras de bienvenida, felicitando a Daniela y a David por su brillante graduación escolar y su ingreso a Harvard. A continuación, se presentó uno a uno a los célebres músicos, artistas y cantantes que se encargarían esa noche de envolver a todos en un auténtico cuento de hadas.

Comenzaron a sonar los acordes inmortales del «Vals de Viena» de Strauss. Por tradición, el derecho de abrir la velada de baile pertenecía a los anfitriones y a los agasajados. Cuando Richard con Margarita y Daniela con David salieron al centro de la pista, el salón contuvo el aliento. Las parejas se deslizaban con suavidad y majestuosidad sobre el pulido parqué de mármol. Parecía que no tocaban el suelo y que el aire mismo cantaba, acompañando el ritmo de sus corazones. Aquella estampa era capaz de cortar la respiración. Por un instante, Daniela y David guardaron silencio, contemplando a sus padres con profunda admiración y ternura.

Cuando la música cesó, los cuatro se fundieron en un fuerte abrazo. De inmediato se les unieron Denis y Philip junto con sus esposas e hijos. En ese momento, ante los invitados se presentó una familia verdaderamente unida, indivisible en su cohesión. A muchos de los asistentes —tanto a las damas más sensibles como a los caballeros habitualmente reservados que los miraban conmovidos— se les humedecieron los ojos. Fue un instante increíblemente emotivo. El salón permaneció inmóvil por un segundo y luego, en un impulso unánime, estalló en un trueno de aplausos ensordecedores.

El baile continuaba en el más alto nivel. Los chefs se habían superado a sí mismos: platillos exquisitos, bebidas de colección y fabulosos postres de autor se sucedían unos a otros. Al menos un centenar de camareros atendía las mesas de forma impecable y discreta. Los invitados bebían, conversaban y bailaban con entrega al compás de las magníficas actuaciones de los artistas.

Exactamente a la medianoche, los primeros estruendos de los fuegos artificiales rompieron el silencio nocturno. Las enormes puertas acristaladas del salón de banquetes se deslizaron sin hacer ruido, invitando a todos a la terraza abierta junto al estanque. Allí, en el frescor de la noche, ante sus ojos se abrió una estampa cautivadora: las luces multicolores que caían del cielo parecían girar en un vals con las estrellas, mientras sus destellos brillantes temblaban sobre el espejo de la superficie acuática. Las fuentes de fuego de la pirotecnia se hacían cada vez más grandiosas, elevándose desde la misma tierra hacia los cielos al encuentro de una lluvia de estrellas cósmica. Los invitados miraban hacia arriba embelesados, arropados por una felicidad pura. ¡Un final tan brillante y triunfal de la fiesta de la vida se graba para siempre en la memoria!

Solo al amanecer, cuando los exhaustos invitados apenas podían mantenerse en pie, la celebración comenzó a apagarse de forma paulatina. Richard y Margarita despedían a los asistentes que se marchaban con palabras de sincera gratitud, y aquellos agradecimientos mutuos eran trémulos y anhelados, tal como las primeras flores de la primavera. Los jóvenes, no obstante, no tenían intenciones de retirarse: ocultos en la glorieta del jardín, discutían ruidosamente y con entusiasmo sus planes para el porvenir. En el este ya despuntaba el alba y las aves tempranas gorjeaban con fuerza cuando los últimos visitantes abandonaron la villa. Sintiendo un cansancio plomizo, los miembros de la familia Thomas se dirigieron finalmente a su residencia privada.

Al entrar en la alcoba, Richard y Margarita, a pesar de la extenuación, se retiraron de inmediato a sus respectivos cuartos de baño. Tras quitarse bajo la ducha fresca los remanentes del ajetreo festivo, se dejaron caer sin fuerzas sobre el lecho real. Richard estrechó con ternura a Margarita contra su pecho. En respuesta, ella, apoyando el rostro en su hombro, pasó con dulzura la palma de la mano por el cabello de él, delineó el contorno de su rostro y se aferró a él aún más fuerte.

La terrible tragedia que en el pasado había destrozado la vida de Richard lo privó de la paz durante largos años. En aquel entonces, le parecía que el mundo se había derrumbado de forma irrevocable. Pero el destino se apiadó de él. Con una ternura infinita y punzante, el millonario contemplaba a la frágil mujer en sus brazos, aquella que literalmente lo había resucitado de entre los muertos y le había regalado la dicha de un amor grande и omnipotente.

El corazón de Margarita comenzó a latir con la misma fuerza que el día de su primer encuentro, cuando él le confesó sus sentimientos por primera vez. Toda su alma estaba colmada de un amor sin límites hacia este hombre noble. Un beso largo и ardiente unió sus labios y, abrazándose lo más fuerte posible, se quedaron dormidos al instante. El cansancio terminó por vencerlos.

Alrededor reinaba una quietud bendita, interrumpida únicamente por el gorjeo matutino de las aves. Toda la villa durmió casi hasta el mediodía. Durante ese tiempo, el personal de servicio obró lo imposible: el territorio fue ordenado de manera impecable. De la pasada и majestuosa celebración solo quedaban como recordatorio la exquisita decoración de diseño y un mar de flores frescas en jarrones de cristal.

Hacia el almuerzo, todos se reunieron en el comedor, luciendo frescos y descansados. En la familia se veneraban sagradamente las tradiciones de largos años: los primeros en sentarse a la mesa fueron Richard y Margarita, y tras ellos, todos los demás. Después de la comida, los caballeros salieron al frondoso jardín para discutir de negocios. Las nueras de Margarita también se retiraron, dejando a los niños bajo el cuidado de la suegra; decidieron descender en el teleférico hacia su lugar oculto favorito, una rotonda de piedra blanca con columnas antiguas, para descansar tranquilamente en el silencio.

Margarita, por su parte, acompañada por las institutrices y los niños, se dirigió a lo profundo del parque, hacia una enorme piscina de color azulino, más parecida a un lago natural. A lo largo de sus

orillas se alzaban macizos toldos de mármol, bajo los cuales se resguardaban tumbonas blanquísimas, sillones mullidos y minibares con bebidas refrescantes. Los amigos de los Thomas, al visitar la hacienda, estaban dispuestos a pasar días enteros en este rincón paradisíaco.

El día resultó ser asombrosamente cálido. El cielo azul y despejado alegraba la vista, mientras una brisa ligera traía el ansiado frescor. El aire perfumado estaba impregnada del aroma de las flores. Margarita se acomodó en una espaciosa hamaca, tendida bajo la sombra de encinas y olmos centenarios. Una agradable lasitud se derramó por su cuerpo. Los mechones castaños claros de la dueña de casa se esparcían con belleza sobre la piel de tigre extendida en la hamaca. Entornando los ojos, Margarita escuchaba con una sonrisa las voces cristalinas de sus nietos, quienes corrían con alegres carcajadas por el césped esmeralda.

Ella amaba con locura a sus nietos y, cada vez que su mirada se posaba en ellos, sus ojos esmeralda brillaban con una calidez especial и profunda. Sus hijos, Denis y Philip, se habían casado en su momento el mismo día, y ahora la hacienda se colmaba con las risas de cuatro pequeños. Denis tenía dos hijas en edad de crecimiento: Magdalena, de ocho años, y Madlena, de seis. La hija mayor de Philip, Sona, tenía la misma edad que Magdalena, mientras que su hijo menor, Hayk, había cumplido los siete años. Hayk, de siete años, un niño alto para su edad, muy bien parecido y notablemente serio, poseía el don asombroso de someter a los demás a su voluntad. Sin embargo, al mismo tiempo seguía siendo excepcionalmente obediente y conocía a la perfección las reglas de la cortesía. Hayk defendía a sus hermanas a capa y espada, protegiendo su tranquilidad, y todos en la casa sabían que ¡pobre de aquel que se atreviera a lastimar a sus niñas! Denis y Philip a veces bromeaban sin malicia sobre esta severidad caballeresca, pero el niño solo guardaba un silencio orgulloso, sin prestar atención a las burlas de los adultos.

Hayk, ruborizado por las carreras, se acercó corriendo a la hamaca y miró a su abuela con tono suplicante:

—Abuelita, querida, ¿podemos nadar un poco en la piscina?

—Sí, mi niño —sonrió Margarita con dulzura, acariciando la cabeza de su nieto—. Pero con una condición: no nadar muy lejos.

Los niños gritaron entusiasmados y los cuatro, con todo y ropa, saltaron tras tomar carrera al agua fresca. Los chillidos, las salpicaduras y las risas felices se propagaron durante largo tiempo sobre el estanque. Margarita no les quitó la vista de encima ni por un solo segundo hasta que, finalmente, con voz severa les ordenó salir a la orilla. Los nietos obedecieron de mala gana. Tras secarse bajo los cálidos rayos del sol, comenzaron a retozar nuevamente sobre la hierba.

Margarita desvió la mirada hacia Daniela y David. Los gemelos habían permanecido todo ese tiempo sentados un poco más allá, absortos en la lectura, pero, al sentir sobre sí la cariñosa mirada de su madre, se apresuraron hacia ella y, tras tomar carrera, se subieron a la hamaca.

—¡Mis amores, por Dios, que la hamaca no va a soportar nuestro peso! —exclamó Margarita en tono de broma.

—¡Mamá, querida, si los tres juntos pesamos menos que un solo caballero respetable! —se echaron a reír ellos mientras la abrazaban.

Al escuchar aquellas risas sinceras y contagiosas, la cuadrilla de niños inquietos también acudió corriendo de inmediato hacia la hamaca. Rodearon a Margarita por todos lados, y cada uno se las ingeniaba para colarse lo más cerca posible y acurrucarse junto a su abuela adorada. Margarita, con una sonora carcajada, trataba de defenderse de aquella divertida embestida.

Cuando todos finalmente se apaciguaron y guardaron silencio, Hayk, mirándola a los ojos, expresó el pensamiento común:

—Abuelita, querida... Usted lo prometió. Háblenos sobre el pasado de nuestro linaje. Háblenos sobre nuestro pueblo.

El rostro de Margarita al instante se cubrió con una ligera bruma de luminosa tristeza. Recorrió con una mirada larga y penetrante los rostros suplicantes de sus hijos y nietos. Tras demorarse un poco, como si juntara fuerzas ante algo sumamente importante, respiró hondo y comenzó su relato…

Capítulo 5. Allí donde la vid echa raíces

Margarita recorrió a los niños, ahora apaciguados, con una mirada larga y afectuosa. Por un instante, en el jardín se instaló un profundo silencio, interrumpido únicamente por el suave chapoteo del agua en la piscina. En el rostro sombreado de la mujer se reflejó la sabiduría milenaria de sus antepasados. David, de diecisiete años, y la joven Daniela se inclinaron hacia adelante, mientras los pequeños nietos permanecían inmóviles a sus pies, atrapando cada palabra.

—Roma y Bizancio, la temible Persia y el Califato Árabe, los despiadados selyúcidas y los feroces mongoles: todos ellos cruzaron nuestras montañas como un torbellino de fuego. A veces sumergieron al país en la oscuridad durante siglos enteros, interrumpiendo su desarrollo cultural. Pero, a pesar de todo, el pueblo armenio resistió. Se opuso a los extranjeros, si no con las armas, con el espíritu, resguardando sagradamente la fidelidad a sus raíces y a su cultura. La unidad de nuestro arte se ocultaba en un principio emocional poderoso e inextinguible que el Creador depositó en el alma de cada armenio. Nuestro genio creativo floreció de manera original y vibrante en una arquitectura grandiosa, una poesía desgarradora y una música conmovedora. La majestuosa lengua de Noé y la sagrada escritura de Mashtóts dictaban el más alto nivel a todas las demás artes.

Margarita guardó silencio por un segundo, acariciando los rizos dorados de la pequeña Madlena, quien se había acurrucado junto a ella.

—A través de las crónicas antiguas sabemos con qué santidad nuestros antepasados resguardaban los manuscritos: los anales de la tierra armenia. Cuando los enemigos incendiaban los hogares, las mujeres estrechaban contra sus pechos los pesados manuscritos, salvándolos de las espadas y del fuego. Llevaban estos libros consigo al extranjero como el tesoro más preciado. Los cargaban al exilio, los rescataban del cautiverio a cambio de oro, se los llevaban al abandonar sus hogares devastados... E invariablemente, a través de los siglos, el pueblo regresaba a sus orígenes, superando con valentía cualquier vicisitud del destino.

Hayk, de siete años, escuchaba a su abuela conteniendo el aliento; sus ojos, serios para su edad, brillaban con fiebre.

—Ya en el siglo noveno antes de nuestra era —continuó Margarita—, en estas tierras florecía el poderoso Estado de Urartu. Excavaciones de largos años todavía siguen revelando al mundo sus majestuosos monumentos. Las grandes capitales, Tushpa junto al azulino lago Van y la invicta Argishtijinili, fueron las primeras metrópolis de la antigua Armenia. Uno de los primeros soberanos urartianos fue el rey Aramu. Nuestro gran historiador Movsés Jorenatsí lo inscribió en los anales como el sexto descendiente de nuestro patriarca, Hayk. Es precisamente en el nombre del rey Aramu donde muchos científicos ven los orígenes de la propia palabra «Armenia». Tras el ocaso de Urartu concluyó la fusión de las tribus, y el pueblo armenio unificado salió definitivamente a la arena de la historia, tras fundar su propio reino independiente.

Margarita se incorporó un poco en la hamaca, y sus ojos esmeralda se encendieron de orgullo:

—Al frente de nuestras regiones se encontraban los najararos, orgullosos representantes de la nobleza patricia local. Caravanas comerciales sumamente acaudaladas comenzaron a fluir por el país, y las ciudades de piedra florecieron. Así, en el siglo primero antes de nuestra era, durante la época del reinado del gran rey Tigranes el Grande, Armenia se transformó en un imperio poderoso que se extendía desde el mar Caspio en el este hasta el Mediterráneo en el suroeste. Más tarde, en el período de la dinastía Arsácida, el reino se dividió en principados independientes. Esto nos debilitó, y en el año trescientos ochenta y uno desmembraron a Armenia en dos: la mayor parte pasó a la Persia Sasánida y la menor, a Roma. El trono real cayó. Pero fue precisamente en esa hora de máxima oscuridad cuando en las venas del pueblo nacieron fuerzas nuevas e indomables. Las insurrecciones populares y una resistencia encarnizada obligaron a los temibles persas a retroceder.

—Abuelita, ¿y es verdad que fuimos los primeros en aceptar la fe en Dios? —preguntó Hayk en voz baja.

—Es verdad, mi niño —Margarita sonrió con calidez al pequeño—. A principios del siglo cuarto, en el año trescientos uno, ocurrió un acontecimiento que definió para siempre el destino y el carácter de nuestro pueblo. Armenia fue la primera nación del mundo en adoptar oficialmente el cristianismo como religión de Estado. Un siglo después, en el año cuatrocientos cinco, san Mesrop Mashtóts creó nuestro alfabeto: único, colmado de profundidad y riqueza sonora. Cada una de sus letras era como un escudo para nuestra identidad. Y aunque en el siglo sexto nuestra patria volvió a ser el escenario de guerras cruentas entre Bizancio y Persia, hacia el comienzo del siglo séptimo el genio armenio entró en una etapa de florecimiento increíble. Como setas después de la lluvia crecían las obras maestras de la arquitectura, y florecían la poesía y la música. En nuestra capital espiritual, Echmiadzín, cuyo nombre se traduce sagradamente como «Descendió el Hijo Unigénito de Dios», nacían templos monumentales. Los maestros armenios doblegaron a la roca implacable.

El rostro de Margarita volvió a cubrirse con una leve sombra de tristeza.

—Pero la historia no conoce el reposo eterno. La invasión de los árabes en los siglos séptimo y octavo trajo largos años de estancamiento. Sin embargo, bajo las cenizas siempre quedaron brasas encendidas. En el año ochocientos ochenta, un gran representante de nuestro linaje principesco, Ashot Bagratuní, logró unificar las tierras y recibió del califa el título de «Rey de reyes». Así comenzó la esplendorosa época de los Bagrátidas. Revivieron los oficios, floreció el comercio de tránsito y se inició una gran construcción monumental. El corazón y la corona de esta Armenia renacida fue la legendaria ciudad de Ani. La llamaban la ciudad de las mil y una iglesias. Los templos de Ani eran tan hermosos que parecían descendidos de los cielos. Aquel fue nuestro Renacimiento de oro…

Margarita suspiró, dirigiendo la mirada hacia algún punto más allá de las copas de las encinas centenarias, como si viera aquellas ruinas con sus propios ojos.

—Pero el siglo de paz se interrumpió en la undécima centuria. Bizancio capturó de manera traicionera el reino de Shirak, pero pronto ella misma huyó bajo los impactos demoledores de los turcos selyúcidas. En el año mil sesenta y cinco, los selyúcidas irrumpieron en la hermosa Ani, entregándola a un saqueo total y a la devastación. Más tarde, las incursiones de los mongoles y un terremoto de pavorosa magnitud consumaron aquella tragedia. La ciudad bellísima, orgullo de nuestra civilización, se transformó en ruinas silenciosas. Los armenios sobrevivientes abandonaban sus hogares destruidos con lágrimas en los ojos, marchándose hacia la incertidumbre, hacia el extranjero… llevando en sus corazones únicamente la fe, la memoria y el gran nombre de su linaje.

—A través del ejemplo del trágico destino de Ani —continuó Margarita en voz baja, y en su voz resonaron notas de profunda reflexión—, no solo se puede apreciar el increíble florecimiento de la cultura armenia, sino también comprender el drama más profundo de nuestro pueblo. Aceptando con entereza los golpes de enemigos despiadados, una y otra vez, semejante al mítico Fénix, resurgía de las cenizas y continuaba construyendo. Nuestros antepasados poseían una combinación poco común de valentía física y un alto intelecto. Su carácter inquebrantable, su templanza y su voluntad preservaron a la nación a pesar de las tormentas históricas. La unidad de las tradiciones culturales y la inviolabilidad de las creencias religiosas, respaldadas por la fidelidad mutua, los ayudaron a sobrevivir a las persecuciones más crueles, cuyo objetivo era el exterminio total de estas personas. La paciencia, la devoción a la tierra natal, la cohesión de sangre y un indomable amor por la vida les permitían subsistir en condiciones insoportables. Y este pueblo perseguido entregó al mundo a grandes científicos, geniales arquitectos, poetas inmortales, pintores y santos ascetas.

Al concluir esta parte de su relato, Margarita sintió cómo un nudo le oprimía la garganta. Los recuerdos la invadieron con una ola de gran fuerza: imágenes de las leyendas que en su infancia escuchaba embelesada de labios de su padre. Con indisimulado dolor y amor contempló a los niños y nietos, ahora silenciosos, quienes atrapaban cada uno de sus alientos.

Con un profundo suspiro, la mujer enderezó los hombros:

—Y ahora les revelaré el secreto de nuestro propio linaje: el gran linaje de los Armanonts. Esta información ha llegado hasta nosotros desde la bruma de los siglos, transmitiéndose con esmero de generación en generación junto con el escudo familiar.

Hayk, de siete años, se acercó un poco más, intuyendo que ahora se hablaría de su tocayo.

—En el siglo undécimo, el gobernante de uno de los florecientes principados armenios era nuestro antepasado directo, el príncipe Hayk Armanonts. Sus dominios ancestrales se extendían cerca del caudaloso río Ajurián. El príncipe Hayk se mantenía al margen, evitando con sabiduría las disputas y conflictos ajenos. Era un hombre de gran voluntad, nobleza suprema y una belleza extraordinaria: alto, de hombros anchos y con unos ojos deslumbrantes y penetrantes del color de la esmeralda más pura. Su esposa, la princesa Anaís, también era célebre por su belleza incomparable. El linaje de los Armanonts era conocido en todo el país por su riqueza incalculable, pero se valoraba aún más otra cualidad familiar: su infinita humanidad y bondad. En sus tierras interminables reverdecían famosas plantaciones de viñedos. Cientos de personas trabajaban en aquellas fincas, cultivando la vid y creando vinos de colección de la más alta calidad, que los mercaderes se llevaban a los países más remotos del mundo.

Margarita cerró los ojos por un instante, como si viera aquellos viñedos ante sí.

—Pero llegaron tiempos oscuros y pavorosos. Bizantinos, persas y mongoles, en oleadas despiadadas, destruían todo a su paso, atormentando a aquella tierra tan sufrida. Muy pocos lograron sobrevivir a aquella masacre. Los escasos habitantes sobrevivientes, con lágrimas en los ojos y tras abandonar las tumbas profanadas de sus padres, se dirigieron hacia el sur en busca de salvación. Durante meses vagaron de un lugar a otro, padeciendo hambre y privaciones. Finalmente, tras un largo peregrinaje, el príncipe Hayk Armanonts, junto con su gente devota, llegó a una llanura bañada por el sol que se extendía hasta las mismas cadenas montañosas. Aquel era un lugar verdaderamente paradisíaco y bendito. La tierra brillaba con un verdor aterciopelado, encinas centenarias cobijaban a los viajeros con su espeso follaje y, a lo lejos, tal como un fragmento de cielo, azulaba un lago limpio. La gente permaneció inmóvil en un mudo éxtasis. El príncipe Armanonts, tras refrenar a su fogoso caballo, exclamó maravillado ante el silencio: «¡¿Aylur?!». En nuestra lengua, esto significa: «¿A qué otro lugar si no?». Con esta breve pregunta afirmó su voluntad: no encontraría una tierra mejor para su pueblo tan martirizado.

Margarita sonrió al notar cómo brillaban los ojos del pequeño Hayk.

—Desde entonces, a aquella región se la conoció con el nombre de Aylur. La tierra bendita demostró ser generosa, y los inmigrantes armenios, increíblemente laboriosos. Pronto, los hachas resonaron en la llanura: se levantaron casas sólidas, se erigieron iglesias de piedra blanca y nuevos viñedos comenzaron a florecer. La vida vencía a la muerte, mientras una nueva generación nacía y se fortalecía. El pacifismo y la sabiduría siguieron siendo el eje principal de la familia Armanonts: jamás entraban en conflicto con sus vecinos, respetando a las personas de cualquier nacionalidad o credo. El linaje poseía un don creativo colosal. Su capital familiar aumentaba de forma desmesurada con el paso de los años y los siglos, pero ellos permanecían dóciles, generosos y misericordiosos, ayudando siempre a los necesitados y desamparados. Las centurias volaban sobre Aylur como arenas arrastradas por el viento del tiempo…

Margarita suspiró profundamente y su mirada se volvió más cálida, transportándose al siglo antepasado, al tiempo que continuaba:

—En el siglo diecinueve, el legítimo propietario de estas tierras benditas y de toda la fortuna acumulada de nuestro linaje fue Martirós, hijo de Aram. Él continuaba con devoción el antiguo negocio familiar: la vitivinicultura. Al poco tiempo, su adorada esposa Melaní le dio su primogénito. Al niño lo llamaron Harutyún, que en la traducción del armenio significa «El Resucitado». Un año después, nació en la familia una niña, quien recibió el nombre de Emilí.

Martirós amaba con locura a su heredero y lo consentía en todo; sin embargo, a pesar de ello, Harutyún crecía como un joven excepcionalmente obediente y sensible. Siendo apenas un

adolescente, trabajaba con esmero en las plantaciones de viñedos a la par de los campesinos comunes. Al muchacho le fascinaba hasta el delirio observar el misterio del nacimiento del vino, y pasaba cada minuto libre de sus estudios en la fábrica de su padre. Martirós a veces reprendía a su hijo sin malicia: «Harutyún, mi niño, usted vive literalmente en la producción. Pero ahora debe pensar en otra cosa. Tiene que graduarse de la escuela con honores e ingresar a la universidad. Los tiempos cambian con rapidez, hijo, y usted está obligado a mirar hacia el futuro. Nuestro linaje es fabulosamente rico; su herencia le bastará con creces a usted, a sus hijos y a muchas generaciones venideras. No necesita multiplicar el oro. Usted es digno de convertirse en un científico o en un hombre de Estado, hijo mío».

Harutyún escuchaba a su padre con profundo respeto, pero en el fondo de su alma permanecía fiel al oficio de sus antepasados. Desarrollado y culto más allá de su edad, el joven no solo estudiaba la producción, sino que comenzó a proponer con audacia sus propias ideas en la tecnología para la creación de nuevas variedades de bebidas nobles. El padre solo sacudía la cabeza con asombro, orgulloso en secreto de su hijo y terminando por aceptar sus innovaciones.

Hacia los dieciséis años, Harutyún había madurado por completo. Se convirtió en una persona increíblemente sociable y misericordiosa: ayudaba de forma secreta y abierta a todos los pobres de la región. Para su joven y generoso corazón no existía división de credos ni de naciones; ya fuera una familia armenia, kurda o turca que padeciera hambre, sus hijos necesitaban pan por igual, y Harutyún no podía permanecer indiferente ante la desgracia ajena. Por esta nobleza humana y bondad tan poco comunes, la gente humilde idolatraba al joven heredero.

Al mismo tiempo, Harutyún se había transformado en un hombre de una belleza indescriptible. Su cabello azabache, negro como el tizón y pulcramente peinado hacia atrás, resaltaba de forma deslumbrante la noble palidez aristocrática de su rostro. Sus ojos enormes y expresivos, de un raro matiz verde esmeralda, irradiaban una luz especial y magnética que literalmente volvía locas a todas las jóvenes de la región. Sus pestañas oscuras y espesas otorgaban a su mirada una profundidad y un encanto singulares. Una figura esbelta y esbelta, un porte orgulloso y un andar majestuoso; en todo su aspecto se adivinaba sin equívocos su antiguo origen principesco. Y a pesar de toda esta grandeza, en su trato con la gente seguía siendo asombrosamente sencillo y abierto.

Cada belleza local soñaba en secreto con unir su destino al de él, pero el corazón de Harutyún pertenecía desde hacía mucho tiempo a una sola mujer. Su elección había recaído en la graciosa y esbelta Sonya, una muchacha de tez clara y abundante cabello dorado que trenzaba en dos coletas apretadas. Sonya no era una belleza clásica o severa, pero poseía un encanto sutil y cautivador. Los jóvenes del lugar ya se fijaban en ella, pero ninguno se atrevía a acercarse: todos en los alrededores sabían que Harutyún y Sonya eran inseparables desde la más tierna infancia. Siempre activa, vivaz y dispuesta a todo, ella colmaba cualquier espacio con una risa sincera y contagiosa que templaba los corazones de quienes la rodeaban.

Sonya apenas había cumplido catorce años cuando Harutyún, deseoso de no perder el tiempo, le preguntó directamente si estaba dispuesta a convertirse en su esposa. La joven, riendo a carcajadas de pura felicidad, aplaudió, se lanzó a su cuello y susurró el ansiado «sí».

El joven comunicó de inmediato a su padre su firme decisión. La palabra de su amado hijo era una ley sagrada para Martirós. Sin postergar el asunto, envió a los casamenteros a casa de los padres de Sonya para acordarlo todo. La sabia Melaní, madre de Harutyún, al bendecir la elección de su hijo, decía con una sonrisa: «Que una mujer no resplandezca por una belleza deslumbrante, con tal de que su alma sea limpia y su corazón, fiel. De ella nacerá una esposa maravillosa». Ella conocía bien a la noble madre de Sonya y estaba absolutamente segura de que la niña había heredado las mejores cualidades de su familia. En el hogar de los Armanonts reinó una gozosa expectativa por la boda venidera...

Al poco tiempo se celebró el tan ansiado encuentro de ambas familias. Martirós, observando con esmero las antiguas tradiciones de sus antepasados, comunicó a los padres de Sonya su ferviente deseo de emparentar. Sus palabras sonaron con peso, tal como un juramento sagrado:

—Hemos venido a tomar de su hogar un puñado de ceniza para mezclarlo con la ceniza de nuestro propio fogón. Hemos venido para encender nuestra lámpara con la lámpara de su familia. Hemos venido para colocar para siempre la piedra de ustedes en nuestro muro.

A esto, el padre de Sonya respondió de forma escueta, respetuosa e inequívoca:

—¡El pañuelo de la novia es de ustedes a partir de ahora!

Con estas palabras, recibió de manos de los casamenteros una cesta ricamente ornamentada, repleta de manzanas maduras y sonrosadas en las que se habían incrustado monedas de oro, la dote a favor de la futura novia. Allí mismo reposaban granadas jugosas, pasas selectas de sultana y dulces, que servían como signo indestructible de las intenciones puras del huésped. A cambio, a los casamenteros los aguardaba una mesa colmada de manjares, el mejor vino de colección de las bodegas de los Armanonts y un entendimiento mutuo cálido, sincero y cordial. En el pueblo armenio, estas costumbres se habían transmitido de generación en generación, de padres a hijos, durante siglos.

El padre de Sonya y sus hermanos cedieron sin vacilar. Emparentar con el gran y noble linaje de los Armanonts se consideraba el honor más elevado, y toda la familia se regocijaba por el destino de la muchacha. Sin demora fijaron el día del compromiso, y decidieron celebrar la boda dos meses después. Durante todo ese tiempo, Harutyún y Sonya vivieron en una expectación dichosa y vibrante, contando con el corazón en un puño los días que faltaban para la hora que uniría sus destinos para siempre.

Y finalmente llegó aquel día bendito. En la casa de la novia reinaba un alboroto festivo. Al fin, a lo lejos en el camino, apareció la escolta ceremonial de caballos blanquísimos y un carruaje lujoso adornado con cintas. A los primeros acordes de la música folclórica, Sonya corrió hacia la ventana para recibir a su príncipe azul. Los invitados que llegaban por parte del novio, portando en sus manos flores y cestas de mimbre con vinos añejos y regalos costosos, entraron con solemnidad en la casa. Tras los rituales correspondientes y al compás de los cantos nupciales, las amigas vistieron a Sonya de pies a cabeza con el atuendo de bodas.

Felices, tomados de la mano bajo los ensordecedores gritos de felicitación y los aplausos, Harutyún y Sonya entraron al salón de bodas. Por todas partes fluían los brindis y, una tras otra, se vaciaban las copas de plata. Pero finalmente llegó la hora de abandonar la casa paterna y partir hacia la hacienda de los Armanonts, donde los recién casados ya eran esperados con ansias.

En ese momento entró en vigor otra antigua costumbre: apenas el novio intentó cruzar el umbral con su prometida, los hermanos de Sonya les cerraron el paso con terquedad, exigiendo el tradicional rescate. Harutyún no escatimó en gastos: con una sonrisa, volcó todo su pesado monedero, y las monedas de oro cayeron tintineando sobre el suelo de piedra. El camino quedó libre. El dichoso joven tomó con firmeza la fina palma de Sonya, la condujo hasta el carruaje y, tras levantarla en vilo con delicadeza, la acomodó en los mullidos asientos del coche, envolviéndola de inmediato en un tierno abrazo. El bullicioso cortejo nupcial avanzó tras ellos. Según las costumbres de aquellos años, toda la región festejó durante siete días y siete noches, celebrando la unión de Harutyún, el predilecto de todos.

Sonya, a pesar de su juventud, demostró ser una esposa impecable y una nuera sensible y respetuosa. Martirós y Melaní la adoraban por su carácter manso y la infinita reverencia que manifestaba hacia sus mayores. Sonya crecía enérgica, alegre y laboriosa, y pronto, bajo los techos de la vieja casa, resonaba una y otra vez su risa elocuente y contagiosa, que ahuyentaba cualquier atisbo de melancolía.

El tiempo seguía su curso. Exactamente nueve meses después, Sonya obsequió un nuevo linaje a la familia: los gemelos Sis y Masis. Martirós y Melaní enloquecieron de felicidad y, literalmente, no se apartaban ni un solo segundo de la cuna de los recién nacidos. El viejo príncipe tocaba con ternura a sus pequeños nietos; sus fuertes manos temblaban por el exceso de emociones, mientras de sus ojos caían a torrentes lágrimas de conmoción.

—Al fin… —repetía con una voz entrecortada por la emoción—. Al fin han nacido varones en nuestra casa. ¡Dos futuros guerreros, dos continuadores de mi nombre!

Él protegía a los bebés como a la niña de sus ojos y casi idolatraba a su nuera por aquel regalo inestimable. La alegría del propio Harutyún tampoco conocía límites. Agasajaba con generosidad a toda la región con vino, celebrando su paternidad. Podía pasar horas de pie junto a la cuna de los mellizos, contemplando su sueño sereno.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, купив полную легальную версию на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.